

A Carlos, hermano entrañable  
gracia, paz y gozo de JESUS, EL SEÑOR,  
única suficiencia, entera bienaventuranza, inquebrantable esperanza.

El relato del camino, que me enviaste, búsqueda apasionada del “amor iluminado” fue para mí una invitación a la reiterada alabanza. La historia que se cuenta, se puede cantar también, cuando es un encuentro de gracia, que se abre paso, des-bordando el corazón de alegría.

Nuestro camino compartido sucede en los “levantes de la aurora”, en un amanecer nuevo de la aventura humana, después de su última marcha, admirable y terrible al tiempo. Canta la liturgia en la Fiesta primordial: “Vimos romper el día sobre tu hermoso ROSTRO y al sol abrirse paso por tu frente”. Un nuevo Pentecostés, apenas inaugurado, prende de Fuego y Viento la noche. Es mucha la sangre derramada y sobre-abundan las lágrimas, en la imponente Fiesta de la vida. La frágil tienda de la Iglesia se ve sobrepasada por la gracia de su Señor, que se ha propuesto alentar una senda nueva con la claridad de su sonrisa, nacida del dolor.

Nosotros, como bien cuentas, nos vimos hermanados en una “cuadrilla” grande. En realidad, el Señor, que siempre nos da hermanos, era el que nos hermanaba. Uno parecía un poco mayor y otro más peque, pero en realidad éramos dos chavales pequeños y trastos. Éramos “corredores de fondo”. Hacíamos carrera en el estadio en el que fácilmente se puede malograr la fortaleza y desencantar la pequeñez. Nos empeñábamos en sernos, para darnos, de paso hacia los últimos. ¿No te parece ahora que aquella podía ser una “pelea de gigantes”? Pero en nosotros sucedía y se expresaba la gran aventura del apoderamiento de la libertad, para el servicio. Ahora, acrecida la luz en nuestros ojos, vemos cómo resonaba en aquel tramo del camino toda la aventura de la “libertad cristiana”, del difícil e irrastreable encuentro entre el empeño y la gracia. Pasada la hora primera, parece como si la gracia pascual se hubiera apoderado e impuesto sobre la gracia creada en la aventura medieval, y más tarde la gracia creada se hubiera impuesto, sobre la gracia pascual, que en la modernidad por momentos parecía incompatible e invasora. Nosotros, con el mejor deseo de sernos, para darnos, no nos escapábamos de la dinámica del apoderamiento.

En esto, pasó junto a nosotros “Aquel que nos amó” y tuvo a bien tomarnos de la mano. Se estremeció nuestro corazón. Al dejarse ver de nosotros, en la claridad de sus ojos, que en principio nos sumergió en la noche más oscura, se encendió más aún la pasión de amor en las raíces. Estábamos siendo derribados del caballo. Pero fue fuerte la necesidad que teníamos de darnos a todos, empezando por los más pequeños. Por distintos caminos, sostenidos por su mano fuertemente blanda, nos empeñamos en

servir, como sabíamos. ¿No pisaríamos tal vez algunas flores, con aquellas seguridades, que nos parecían luz necesaria de poner en las sombras? Más como es el amor el que nos hace pasar de la muerte a la vida, su Amor en los pequeños, en nosotros, fue la gracia para ir sacando los pies de la red, arrancadas poco a poco las viejas ansiedades. JESÚS ES EL SEÑOR. “Todo es gracia”. “Al alma enamorada le parece que todo el universo es un mar de amor”. “Llenos están los cielos y la tierra de tu gloria”. “Bendito el que viene en nombre del Señor”.

Ahora los chavales trastos y apasionados, grandísimos pecadores, aparecen “mucho más grandísimamente perdonados”. La claridad de la mirada del ROSTRO del que nos amó, nos ha devuelto a una nueva cercanía, a una nueva fraternidad, a una senda nueva, hacia la tierra que esperamos. En verdad la arrogancia y la marginación, no (ilegible) de sus formas, incluidas las piadosas y espirituales, no arrancaron definitivamente las cadenas, ni definitivamente derriban los muros. Necesitábamos dar vista a la radical liberación, a la verdadera reconciliación, a la última plenitud. “Contempladlo y quedaréis radiantes, vuestro rostro no se avergonzará... gustad y ved qué bueno es el Señor. Dichoso el que se acoge a Él”.

Ahora, junto a Él, en el corazón de la Iglesia y del mundo, amanecientes en su luz, nos alcanza la secreta certeza de que sucede un nuevo encuentro entre la gracia y el empeño, que va más allá de donde éramos capaces de sospechar y de donde nos atrevíamos a suplicar. “De su plenitud hemos recibido todos gracia sobre gracia”. La gratuidad de la GRACIA PASCUAL se ofreció a la gracia original, desgraciada dichosamente, para inaugurar otro paso de la libertad, del amor y de la alegría en el corazón de la historia. “Donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia” “¡Qué asombroso beneficio de tu amor por nosotros!”. Somos así a-vocados a un nuevo asombro ante el ROSTRO amado, icono que se hizo palabra, palabra que se hizo carne. Su rostro que asombra, su palabra que desvela, su carne que entraña, nos alentará a entrañarnos más aún al cuerpo de la humanidad y del universo, en el cuerpo de la Iglesia, cuerpo del cuerpo del Señor, con heridas abiertas todavía. Y si nos injertamos en estas heridas, nos asombramos más aún del Hombre icono, palabra y carne y nuestros ojos iluminados, verán desde este rostro el misterio de la comunidad, del universo y de la historia. ¿No estaremos apenas comenzando eso que con tanto amor llamamos “personalismo, comunitario y cósmico”?

Seguro que te producirá también a ti una gran alegría de ver cómo en aquella lucha de gigantes intentábamos ofrecer nuestras manos a los pobres. Ahora, en este nuevo asombro del amor, nos vemos nosotros de verdad más perdidos que ellos y el Señor nos ha devuelto a una experiencia de ultimidad que es gracia viva del misterio de su encarnación. Si la creación nueva sucede y pasa por la nada hacia todos, nosotros estamos entre los pequeños y hemos visto que si fuimos tan amados es porque, sin saberlo, éramos de los hermanos más frágiles y torpes del Primogénito. El intento de evitar y arrancar la flaqueza ha sido respondido por el crucificado Señor de la gloria con aquella palabra: “Te basta mi gracia: la fuerza se consume en la debilidad”. Alegrarse en

la flaqueza de la finitud y la culpabilidad, alegrarse en la flaqueza de la negatividad y la agresividad de los hermanos, que encontremos en el camino. Siervos inútiles con las marcas de la cruz, la fuerza y la sabiduría de Dios. De la mano del que nos amó, entraremos a la espesura de la historia, atravesando con él la senda, suspendidos de su misericordia interminable y victoriosa. No cogeremos las flores, ni temeremos las fieras. Junto a Él podremos hacer frente a la seducción y a la persecución, a la soberbia y a la desesperanza. Su servidumbre y sus heridas, aparecidas milagrosamente en nosotros, serán sencillo paso de su gracia que agracia toda la historia convirtiéndola de nuevo en “agraciada”. Su venida que se está ya anticipando en esta “crisis” del mundo, por el “acontecimiento” de su salvación. “Pues Dios no ha enviado a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo se salve por él”. ¿Quién nos podrá, pues, arrancar de su amor?

La pequeña lámpara ardiente y luminosa que Juli y tú, con vuestros hijos intentáis mantener encendida, es para mí fuente de gozo incesante. Ya sabéis que esta casa es vuestra. Vuestra la mesa y el pan, vuestras las sendas, vuestros los cantos, vuestros sobre todo los rostros, tan amados. Pedid al Señor que nos de algo de su misericordia entrañable, de su dulzura humilde y sencilla. Un abrazo con su gracia, su paz y su alegría.

Marcelino.